

periscopio

EL DESTINO DEL CAPITÁN NADIE

JOSÉ M^a CARRASCO

EL DESTINO DEL CAPITÁN NADIE



edebé

© José M^a Carrasco, 2014
www.capitannadie.com

© Edición: EDEBÉ, 2014
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebenet

Dirección editorial: Reina Duarte
Diseño de cubierta: César Farrés
Fotografía de portada: AGE Fotostock

1^a edición, marzo 2014

ISBN 978-84-683-1178-4
Depósito Legal: B. 26054-2013
Impreso en España/Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para Clara, mi esposa y la primera persona que
creyó en el Capitán Nadie.
Y para nuestras sobrinas Paula y Ana, que nos
enseñan el universo con nuevos ojos.*

Índice

| | |
|--|-----|
| 1. Inusual | 9 |
| 2. Villanos de ayer y de hoy | 25 |
| 3. Astucias | 39 |
| 4. Desde el cielo con humor | 57 |
| 5. Falsas apariencias | 63 |
| 6. Ciberpesquisas | 72 |
| 7. Hasta aquí hemos llegado | 78 |
| 8. Inmune | 85 |
| 9. La liga de los extraordinarios... frikis | 89 |
| 10. El factor Protágoras | 96 |
| 11. Proposición atípica | 103 |
| 12. Y con un redoble final... .. | 111 |
| 13. Galo, Pedro y el karma | 119 |
| 14. ¡Es la hora de las tortas! | 123 |
| 15. El Capitán Nadie contra el Doctor Medioladrillo | 135 |
| 16. <i>Happy end</i> | 145 |
| Agradecimientos | 151 |

1. Inusual

En nuestros días se hacen estudios de probabilidad acerca de casi todo lo que podamos suponer remotamente útil y sobre bastantes cosas más. Algunas estadísticas se refieren a la cantidad de personas que son alcanzadas por objetos que se desprenden de edificios; otras, a las premiadas en sorteos millonarios, y también se indaga sobre cuántos de estos individuos, agraciados con grandes sumas de dinero, incrementan su felicidad o por el contrario caen en la tipificada «depresión del millonario». Si al leer esto último eres de los que piensa: «Anda, que me iba yo a deprimir por forrarme», perteneces al grupo mayoritario del estudio estadístico.

Pues bien, aunque Inés odiaba sentirse enmarcada en un porcentaje, hubiera incrementado el resultado positivo del estudio: «Personas que tras varios días de estabilidad climatológica anticiclónica salen a la calle sin plantearse que pueden producirse precipitaciones».

Inés acababa de averiguar que la oficina del abogado especializado en casos de contaminación acústica no estaba donde se suponía que debía estar. Ahora, algo triste y bastante decepcionada, se dirigía a la parada de metro de San Bernardo, una de las más relevantes de Sevilla por enlazar con el apeadero de tren del mismo nombre. Seguía preguntándose cómo iba a pagar a un abogado, cuando lo encontrase, y por qué diablos se estaba poniendo todo tan oscuro.

Un vistazo le reveló un cielo tan sombrío como su ánimo, aunque, dadas las circunstancias, ella hubiese preferido que le llevase la contraria. Todavía no se había librado del todo del último constipado y aquella mañana ni se le había pasado por la imaginación que, encima, pudiese llover. Inés meditó sobre aquello un instante. Desde hacía un par de meses ya no era la misma. Antes casi no se resfriaba, por ejemplo. Ella atribuía a las naranjas de su vecina Nuria gran parte del mérito. Pero últimamente, la falta de sueño y la preocupación estaban empezando a hacer mella en su salud.

Arrastrados por un frío viento otoñal, los densos nubarrones llenaron el cielo con una rapidez que a Inés se le antojó de película. Gruesos goterones comenzaron a pintar el adoquinado. Miró a su alrededor. Se encontraba en la avenida Ramón Carande, sobre la larga acera de un bloque en construcción cuyas acacias apenas ofrecían refugio. Ni siquiera logró ver un paso de peatones que le permitiera cruzar al otro lado para resguardarse bajo algún balcón o dentro de un portal. Y la lluvia empezó a arreciar.

Mientras se disponía a lanzarse a través del denso

tráfico, tuvo tiempo de sentirse muy desdichada, y luego, muy miserable, al no saber apreciar lo afortunada que era no teniéndose que preocupar por la comida del día, por alguna terrible enfermedad, o por si su casa pudiera ser destruida por un bombardeo táctico, un tsunami o... De acuerdo, de acuerdo, todo eso de sentirse agradecida estaba muy bien pero... ¿Y de dónde porras había salido aquel tormentón?

Inés se enfadó aún más teniendo que detenerse bruscamente cuando una motocicleta se plantó en su camino. El chaparrón era ya un hecho y no podía permitirse caer de nuevo enferma...

Y de repente, no sintió la lluvia.

—El paraguas es un regalo, pero si va lejos, puedo llevarla, porque con este viento no creo que el paraguas le sirva de gran cosa...

Inés apartó el húmedo flequillo de sus ojos para verificar la situación. Un enorme paraguas morado con el símbolo del conjunto vacío en azul la escudaba de la cada vez más intensa lluvia. Lo sostenía, con toda naturalidad y sentado en una extraña especie de motocicleta futurista cubierta, ese tipo que tantas veces había visto en las noticias sin llegar a terminar de creerse que existiese de verdad. Como el paraguas, todo era morado y azul: la moto, el techo, el traje... Y todo estaba impoluto.

—Tú eres el Capitán, el Capitán...

Inauditamente la lluvia se intensificó, si aquello era posible. El tipo alzó sus antiguas gafas de motorista para mirar al cielo y torció el gesto.

—Esto empeora. Mejor suba.

Con la extraña sensación de no estar al mando de su cuerpo, casi como en sueños, la joven se sentó tras aquel piloto con uniforme de superhéroe.

—¿Le molesta la capa?

«¡Ja! Que si me molesta la capa, dice», pensó Inés, aunque sus palabras fueron otras.

—Nnnnnoooo.

—Cuidado con los pies, por favor. Colóquelos dentro.

—Claro...

Inés los posó en el interior del vehículo sintiéndose muy cómoda. Algo electrónico sonó y los laterales traseros de la capota se prolongaron hacia abajo, evitando que la lluvia osase pensar siquiera en entrar de rebote o al rebufo.

—¡Huy, qué cucada! —se le escapó.

El piloto ya había cerrado el paraguas y lo había introducido en una especie de carcaj adosado al techo. Inés vio que había uno a cada lado con media docena de paraguas. Se preguntó si a él no le preocuparía mojar-se, pero un vistazo más detenido a la indumentaria le permitió suponer que el traje sería a prueba de agua... y tal vez de tiburones y de rayos láser.

—¿Adónde la llevo?

—Iba a la parada del metro.

El tipo pareció pensárselo.

—No tengo nada especial que hacer, así que, ya que estamos, puedo llevarla a donde quiera que el metro fuese a llevarla mientras el Nadiéciclo la seca.

—¿Que me seque quién?

—¡Ah, sí! Perdón.

Otro ruidito, y de unas ranuras tanto en el suelo del vehículo como en el respaldo tras Inés comenzó a salir un bendito aire caliente.

—He debido de ser buena últimamente —susurró.

—¿Cómo?

—No, nada, nada. Es que... voy un poco lejos. A Madroñuelo Alto.

—Madroñuelo Alto.

—Sí, eso es. Pero ya le digo que...

—No, si se lo decía al navegador.

«*En ruta hacia Madroñuelo Alto*», pronunció una melodiosa voz femenina.

Sobre el parabrisas delantero, sin comprometer la visibilidad, se proyectó una imagen digital indicando el camino.

Por suerte para Inés, aquella mañana, desde la aparición del paraguas morado, todo había quedado definitivamente fuera de las probabilidades estadísticas.

—Por favor, si vamos a despegar, avise —se le ocurrió soltar.

Pese a la aprensión de Inés, el Nadiéciclo rodó camino del Aljarafe sin separar las ruedas del suelo. Antes de llegar a la autopista de circunvalación, ya habían regalado todos los paraguas, dejando una estela de atónitos y agradecidos transeúntes.

—Nunca había oído mencionar Madroñuelo Alto. Veo que está cerca de San Juan.

—No se extrañe. Apenas son unas cuantas casitas de campo que no salen en algunos mapas.

—¿No será por casualidad esa colina de las casitas coloradas y los pinos?

—Justo esa.

—Qué curioso. Todo el que va o viene del Aljarafe la tiene que ver, pero no sabía su nombre.

—Nadie había oído hablar de Madroñuelo Alto y así estábamos la mar de bien.

El matiz melancólico no pasó desapercibido para el joven, pero se impuso la discreción.

—En los cuentos de hadas hay lugares mágicos cuyos nombres se olvidan por efecto de un encantamiento como medida de protección —dijo únicamente.

De repente, Inés sintió un gran afecto por aquel tipo cuyo nombre no conseguía recordar.

Muchos lugares que en la lejanía parecen idílicos pierden encanto con la aproximación. Madroñuelo Alto causaba el efecto inverso en sus esporádicos visitantes.

El acceso a la colina, apenas un sendero de tierra y grava con la anchura justa para un automóvil, quedaba oculto junto a la salida hacia un pueblo de la zona. Solo las indicaciones de Inés evitaron que se pasaran de largo.

Apenas tres minutos más tarde, el serpenteante camino desembocó en una arcada de madera vestida de parra y prolongada en un informal seto salpicado de variopintas flores. A partir de ahí, todo era un mosaico

de arriates y huertos asistidos por el sistema de riego más extraño e ingenioso que la mente de un moderno Leonardo Da Vinci del reciclaje pudiese concebir. Toda clase de recipientes, desde viejas cafeteras a botijos, colgaban de un sombrero en forma de irregular red; recibían agua a través de tramos de tuberías y mangueras que jamás coincidían en color y clase. El sistema funcionaba gracias a motores alimentados por energía solar, cuyas placas fotovoltaicas se repartían por todo el lugar sobre postes, rocas e incluso ramas de árboles. Luego, a través de tubos más delgados, la gravedad hacía bajar el agua hasta los arriates, que la recibían al ritmo requerido gracias a dosificadores de goteo.

Aun con poco conocimiento, solo por intuición se apreciaba que las sombras habían sido aprovechadas para proteger los vegetales más delicados. Hortalizas y flores exóticas lindaban sus parcelitas sin complejos; abundaban diseminados los jazmines, y un naranjo con injertos de limonero parecía presumir de poseer las dos clases de fruta al mismo tiempo.

Terminaban de componer el lugar cuatro casas de paredes coloradas y tejados inclinados.

—Esto parece sacado de un cuento de hadas —dijo el piloto tras detener el vehículo a la sombra de las parras, y el pasmo le hizo tardar un poco en recordar que tenía que retirar las protecciones traseras para que su pasajera pudiese salir.

—A mi hija le caería usted muy bien. Menos mal, ha escampado.

—¿Tienes una hija?

Inés obvió cortésmente la retórica.

—Mi hija Alicia divide a los extraños en dos grupos: los que dicen que todo esto es cuco, mono, bonito, pintoresco... Ya me entiende...

—Sí —aseguró él sin estarlo del todo.

—Y los que dicen que esto parece un lugar mágico. Si además mencionan a las hadas, puede ser amor eterno.

El presunto héroe se bajó las gafas de motorista hasta dejarlas colgar al cuello y siguió admirando los alrededores. Iba a preguntar por unas flores de irreales y vivos colores cuando unas precipitadas pisadas le hicieron girarse.

Una niña de pelo rubísimo y enormes ojos azules llegó corriendo seguida de una mujer de unos cincuenta años. La señora, pelo gris y recogido, estaba exhausta y aparentaba tanta incredulidad por poder alcanzar a la pequeña como por lo que estaba viendo.

—Mamá, ¿es un príncipe? —preguntó la niña tras una breve pausa.

Inés pidió permiso con una mirada de complicidad antes de contestar.

—A mí me lo parece.

—¿Y qué ha dicho de mi jardín? —preguntó expectante, acercándose un poco más.

—Que es como sacado de un cuento de hadas —subrayó Inés con lentitud susurrada.

Alicia pareció muy complacida con la respuesta y lo demostró abriendo más sus ya de por sí enormes ojos y derrotando a los mejores anuncios de dentífrico jamás hechos o por hacer. Luego, tomó de la mano al extraño con la misma naturalidad que si se hubiese tratado de su tío vestido con camiseta y vaqueros.

—Te voy a enseñar las setas nuevas.

—Estupendo —dijo el joven, buscando acuerdo en la mirada de Inés, que respondió con afirmativa sonrisa—. Y encantado de conocerla...

—Nuria —se presentó la señora entre jadeos y sin poder sacudirse el pasmo del rostro.

—Después vendremos a tomar un *cholecao*. ¿Sí? —informó más que preguntó Alicia mientras tiraba de su nuevo amigo.

A este apenas le dio tiempo de soltar el casco sobre el asiento del ciclomotor eléctrico.

—Vale, pero no tardéis —dijo Inés—. ¿Le gusta el té negro? —añadió.

—Casi prefiero el *cholecao* —contestó el nuevo amigo de Alicia dejándose arrastrar y sacudiendo sus cabellos para desapelmazarlos.

Con apresurado paso, Inés entró en su casa, la más pequeña del grupo, aunque no le faltase nada. Antes de ir a la cocina, hizo una parada frente a su ordenador sin llegar a sentarse. Nuria la siguió, esperando a estar dentro antes de preguntar, y aun así lo hizo en innecesario susurro:

—Es él, ¿no?, el de la tele.

—Sí... ¿Cómo se llamaba?

—Capitán Sin Nombre... No, no era eso... Capitán...

Inés sacudió las manos como si eso pudiera ayudarla a hacer memoria, pero al final entornó los ojos y negó con la cabeza.

—Debe de ser fácil encontrarlo —supuso Inés tecleando en una página del buscador Google.

superhéroe sevillano Capitán

Y pulsó «enter». La primera página ya le dio la respuesta.

Capitán Nadie — Web-ciclopedy, la enciclopedia de lo extraño

—¡El Capitán Nadie! —dijeron las dos a coro.

—Dale, a ver qué dice —azuzó Nuria.

Inés hizo clic con el ratón sobre el texto.

Web-ciclopedy: Capitán Nadie

Nacido en Sevilla en 1976, Francisco Ramírez Castañedo fue animador de fiestas infantiles. Adoptó la personalidad del Capitán Nadie para evitar el típico disfraz de payaso. Su atuendo puede variar en diseño según las circunstancias, pero siempre usa los colores azul y morado oscuros. También viste capa (morada). Sus emblemáticas gafas y su casco de motorista son de los años sesenta.

Inicios

Su primera hazaña registrada consistió en detener a un atracador de pequeñas tiendas que, al viejo estilo, huía con la recaudación de una pastelería en una bolsa. En los siguientes meses protagonizó diversos actos de salvamento entre los que destaca la espectacular reducción de un navajero durante la inauguración de la discoteca Retro-Pop. Múltiples testigos aseguraron que el Capitán Nadie utilizó una misteriosa pistola emisora de rayos de energía, aunque él siga asegurando que fue (y es) de agua.

Contra el Imperio Urbano

En los siguientes meses, el Capitán Nadie siguió protagonizando variopintos actos heroicos. El de mayor relevancia fue, sin duda, el desmantelamiento de la red de narcotráfico dirigida por Alberto Urbano, al amparo de los negocios de su padre, el polémico empresario recientemente fallecido Armando Urbano.

Contra el Picotazo

Mucho más espectacular fue la detención de Vladimir Krotovsky (alias el Picotazo), líder de una peligrosa banda que organizaba carreras ilegales de motocicletas de gran cilindrada. Krotovsky fue detenido tras estrellarse mientras trataba de dar alcance al Nadieciclo, el misterioso vehículo del Capitán Nadie que, según este, no es más que un ciclomotor electrosolar.

Cuartel General

El Capitán Nadie y sus colaboradores suelen reunirse en La Viñeta, legendaria tienda del centro de Sevilla especializada en cómics y juegos, que está regentada por un reputado y polifacético artista local, Salvador Saavedra.



Curiosidades

El emblema del Capitán Nadie es el símbolo de «conjunto vacío» \emptyset identificable con el concepto «Nadie».

El casco y las gafas son herencia paterna.

Sus amigos y familiares le llaman Paquito.

Jeremías Ramírez, padre del Capitán Nadie, murió en el derrumbe de un edificio de Urbano Construcciones. Años después, el Capitán Nadie llevó al clan Urbano ante la justicia por otras causas.

La periodista Susana Soto dio el salto a la fama con la primera entrevista en exclusiva del Capitán Nadie. Se dice que son pareja sentimental.

Muchos de sus numerosos fans aseguran que el Capitán Nadie posee poderes especiales.

El Imperturbable

Es el dirigible desde el que con cierta frecuencia realiza labores de vigilancia el Capitán Nadie. Se dice que fue crucial en la localización de la guarida de El Picotazo.

El equipo

Entre sus colaboradores cuenta con especialistas en informática, criminólogos y detectives.

El merchandising

El Capitán Nadie patrocina numerosas marcas de prestigio que le surten de muchos de sus artilugios especiales.

Vladimir Krotovsy, alias el Picotazo, mide casi dos metros y pesa más de ciento veinte kilos. Tuvo que ser atendido de heridas diversas tras enfrentarse al Capitán Nadie. El héroe declaró:
«*Se ha caído*».

Los productos basados en el Capitán Nadie generan ganancias anuales millonarias.

Más de la mitad es donado a organizaciones benéficas. El Capitán Nadie declaró al respecto: «¿Dónde voy yo con tanta pasta?».

—¡Caramba! —exclamó Nuria arrastrando las sílabas.

—Oye, voy a hacer cacao. ¡Qué narices! Voy a preparar la jarra grande de cacao... ¿Le invito a comer? —propuso Inés.

—Si no lo haces tú, lo hago yo, pero mira lo que dice ahí. Está con la pelirroja del Canal Ándalus.

—Mi vieja suerte. Bueno, me da igual. Me gusta cómo me sonrío... —Inés hizo una pausa—, ¡alcahueta!

—Viuda triste...

—¿A que te quedas sin galletas?

—¡Ja!

—... y esta planta de aquí se llena de flores y de mariposas en primavera. Pero mariposas de las grandes y amarillas, ¿eh?

—Debe de ser precioso —contestó el presunto príncipe con sinceridad, lo que a la pequeña no le pasó desapercibido.

—Tú eres un mayor que sabe hablar con niños —afirmó Alicia complacida y con tan modulado énfasis que casi pareció cantarlo.

—¿No saben todos?

—No —respondió la niña contundentemente, meciendo sus rizos para engrandecimiento de tan poderosa palabra.

El Capitán Nadie respiró profundamente, miró a su alrededor y se sintió enormemente afortunado.

—¡El desayunoooo! —llegó de lejos la voz de Nuria.

—Corre, que ya está el segundo desayuno —pidió la niña dando inmediato ejemplo.

—Me encanta el segundo desayuno —afirmó para sí mismo el Capitán Nadie acordándose de la gente pequeña¹.

Momentos después, la mesa del porche sostenía té, leche con cacao y galletas caseras.

—También tengo un pan de pueblo muy rico. De pueblo de verdad, ¿eh? —precisó Inés.

—Las galletas huelen demasiado bien para despreciarlas —aseguró el Capitán Nadie.

—¿Le pongo azúcar en el cacao...? Perdone, no sé cómo llamarle —reconoció Nuria.

Tras un pequeño sorbo, el visitante contestó:

—El cacao está perfecto, gracias. Y mis amigos me llaman Paquito. De vez en cuando alguien intenta cambiármelo por Paco, pero si Paquito Fernández Ochoa² fue siempre Paquito, yo también puedo serlo, ¿no?

—Pues claro.

—¿Un príncipe se puede llamar Paquito? —quiso saber Alicia, provocando risas.

1 Referencia a los *hobbits* de *El Señor de los Anillos*, que tienen por sana costumbre desayunar dos veces.

2 Francisco Fernández Ochoa (Cercedilla, 25 de febrero de 1950 - Madrid, 6 de noviembre de 2006) fue medalla de oro en los Juegos Olímpicos de Invierno de Sapporo en 1972. La obtuvo en el eslalon especial (esquí) y popularmente solía conocerse por *Paquito* Fernández Ochoa.

Durante ese curioso desayuno, Paquito no podía evitar levantar la cabeza de vez en cuando para admirar el panorama. Desde el porche, orientado al suroeste, no solo se podían ver muchos de los preciosos arriates, árboles y plantas que rodeaban la casa, sino que las copas de los dos pinos más altos enmarcaban una vista de Sevilla con una pequeña Giralda despuntando en el centro. Ahogado por el viento en las hojas y los trinos de los pájaros, el sonido del lejano tráfico rara vez llegaba.

—Esto es perfecto —murmuró casi sin querer.

—Podría serlo incluso más. Antes era una lata tener que bajar a Sevilla o subir al Aljarafe para las compras. Estábamos todo el día coche arriba, coche abajo, pero ahora tenemos una parada de metro a quince minutos a pie —explicó Inés.

—Doce —subrayó Nuria—. Cronometrados.

—Caramba, la perfección es perfeccionable —observó Paquito mientras se elevaba un rumor de ramas agitadas.

Alicia fue la primera en sujetar su servilleta mientras esbozaba una sonrisa de complicidad. Casi a la vez, Inés y Nuria plantaron la mano sobre las suyas. El intrigado invitado adivinó el significado de aquello a tiempo y también afianzó su servilleta justo cuando el golpe de viento los alcanzó, lo que hizo ondear la capa morada hacia un lado con elegancia. Alicia rio encantada.

—Encajarías bien aquí —opinó Inés.

—Sí, lástima que esté con la pelirroja, ¿eh? —soltó Nuria esbozando una sonrisa traviesa y ruborizando ligeramente a Inés.

—Que sepas que friegas tú —dijo ella soltando a su vecina y amiga un simbólico empellón.

—Esta es una de esas cosas de mayores de las que no me entero —explicó Alicia a su príncipe.

—Ni yo —mintió Paquito.